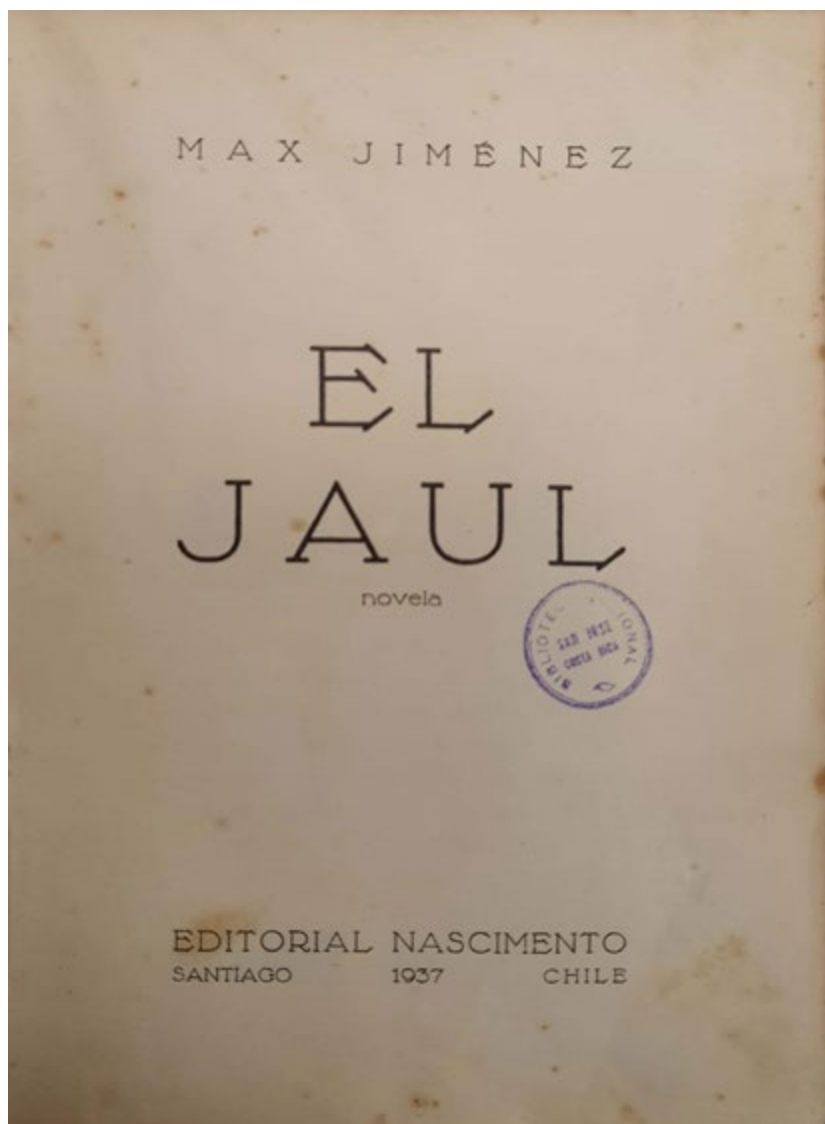


Max Jiménez



En mil novecientos treinta y siete apareció, editada en Santiago de Chile, una de las mejores novelas costarricenses: El jaúl, de Max Jiménez, el admirable escritor recién fallecido allá, en el mismo extremo sur de continente Andino.

El jaúl es, en la obra, un árbol simbólico: acompaña en todos los momentos, la vida de Juan Chunguero. Es el árbol de pie falso, aclimatado, quién sabe por cuáles designios de la naturaleza en las alturas de perpetua niebla. Árbol solitario, diríase trágico, como la es el destino de Chunguero y como lo es, sin duda alguna, el pueblecito cuya vida aparece, con todos sus detalles, en la magnífica novela que estudió.

El aspecto del jaúl es el de una vara central que resiste los más fuertes huracanes, que apenas logran mecerlos cuando soplan con furia demoniaca. Es de rápido y nada costoso crecer. Su madera, de calidad inferior: tal vez, por ese motivo, la utilizan para hacer ataúdes.

El hombre y el árbol, de poco precio, ambos viven una vida así paralela. Escuchan la huida húmeda de los riachuelos. Contemplan el lento caminar de los bueyes que van dejando signos de dolor a lo largo de los caminos polvorientos. Admiran las auroras que les parecen más brillantes cuando se asoman tras las montañas. Hacen la señal de la cruz, con movimientos mecánicos, cuando las ruidosas campanas se desemperezan, en las horas pálidas del amanecer. También, ponen atención a los chismes de las viejas que, con sus pasitos rápidos, van deshaciendo distancias al mismo tiempo que reputaciones.

La novela casi no tiene argumento. Si lo hay, está en el hilo más que recio de la vida de Juan Chunguero.

Esa existencia, como hay tantas en las aldeas de nuestra amada tierra, le sirve al autor para presentar, en estilo apropiado, una serie de valiosos cuadros campesinos: el de la jornada violeta y llorona del Viernes Santo' el del brillar y del velorio; el de la siembra y el consiguiente merodeo; el de la escuelita, más que rural con su maestro, más que ignorante; el de turno de engaños permitidos y de dudoso resultados.

Son de importancia varios tipos admirablemente delineados; el Señor Cura del alma llena de remiendos como la propia sotana; el palmitero que arriesga la vida cada vez que desploma una palma, allá en lo más espeso del bosque, el que, poco a poco, va adueñándose del espíritu del hombre hasta hacerlo desaparecer cualquier rincón de la selva; el padre de Chunguero, aquel espantapájaros sin trigal hombre de milagros sin palabras cabalísticas y sin conjuros de embrujadas consecuencias. Ese viejo señor Santiago no anda de brazos del espíritu malo por visto, en larga e íntima discusión, nada menos que con la enjuta sombra del inolvidable don Quijote. ¡Y qué decir del albañil de cara aplastada, buen trasegador, de agua aquellas remotidades; estoy seguro de que alguien la ha ardiente clandestino, cuyo encanto es de ir sembrando, en las conciencias, inquietudes que pronto, muy pronto, han de florecer en discordia, cuando en crímenes!

Al final, vientos fuertes, lluvias húmedas de tedio suspicacias y valentonadas en Chunguero, cuya muerte coincide con la carda inesperada del jaúl simbólico.

El estilo es el apropiado para el desarrollo de la idea conductora. El ambiente, bien asimilado por el autor, se refleja hasta en las palabras que la pluma valioso fue dejando caer en la blancura de las páginas.

¡Lástima grande que Max Jiménez no escribiera otra novela! En ese campo, la victoria es suya, como el triunfo le sonrió en la poesía y en las artes que se prologan en el espacio.

¡Fue un artista perfecto!